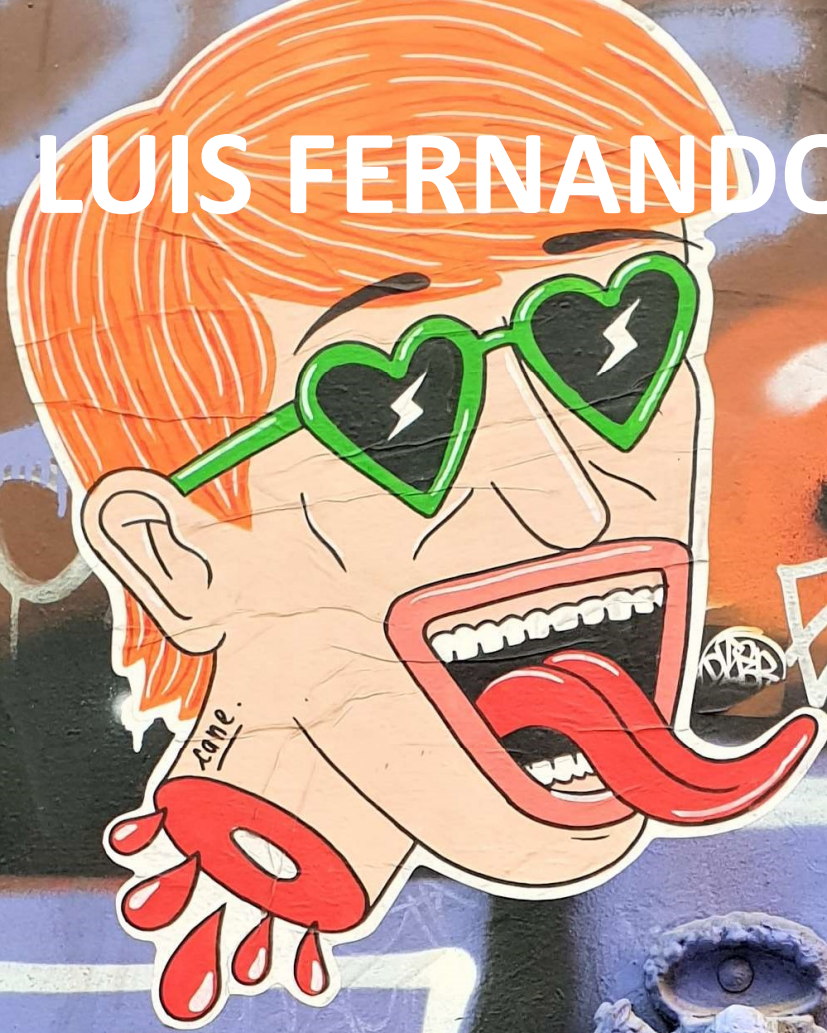


LUIS FERNANDO CUETO



FEROTP

EL GIGANTE



IDA
organite

Cuentos de cuarentena

R.R.



EL GIGANTE

Muy temprano, antes de las ocho, iban la madre y el hijo, por la calle Razuhuillca, camino al colegio. Iban tomados de la mano, sonrientes; él, con su uniforme escolar; ella, con su vestido floreado y su chompa. De pronto, escucharon un bronco rugir, y detuvieron sus pasos. El portatropas pasó de prisa, dando brincos, por el centro de la calle, y algo, un bulto, cayó de la carrocería. Ellos dieron unos cuantos pasos, y se toparon con un brazo. Un brazo humano, la parte que le faltaba a una persona. El vehículo se detuvo en la esquina, hizo una pausa, y empezó a retroceder. Un soldado saltó de la carrocería y recogió la extremidad. Antes de dar media vuelta, miró fijamente, a los ojos, a la madre y al hijo.

Al día siguiente, muy temprano, antes de las ocho, a pocos metros del colegio, unos soldados interceptaron a la madre y al hijo. Los llevaron al cuartel, a la oficina de un capitán de barbas descuidadas, joven pero avejentado, cara de trasnochado. El oficial le preguntó a la madre:

-¿Qué viste ayer?

-Nada –respondió ella-. No vi nada.

El capitán asintió con la cabeza. Sonrió. Después interrogó al niño:

-Y tú, hijo, ¿qué viste?

-Nada. Ando siempre muy distraído.

El capitán se quedó conforme. Los dejó ir.

A la semana siguiente, todos los niños del colegio Nueva Esperanza hablaban de un brazo humano encontrado a mitad de la calle.

A los quince días, todos los vecinos del barrio de La Alameda sabían de un cadáver completo hallado en una esquina.

Al mes, todos los pobladores de Huanta afirmaban haber visto a un hombre altísimo, enorme, corpulento, de brazos muy fuertes, que se paseaba muy temprano, antes de las ocho, por la Plaza de Armas.

En poco tiempo, el desaparecido había crecido tanto, que ya fue imposible ocultarlo.